

## HOMILÍA DEL CARDENAL BERNARD FRANCIS LAW

En Santa María la Mayor, el 17 de noviembre de 2010

Me alegro al acoger a los miembros de la *Federación Mundial de las Obras Eucarísticas de la Iglesia* que han acudido como peregrinos a la Ciudad Eterna. Vuestro cotidiano testimonio de adoración al Santísimo Sacramento ofrece un gran consuelo a la Iglesia. Deseo aseguraros que la acogida que os brindo en esta Basílica se extiende e incluye también a todos aquellos por quienes habéis venido a rezar. Este **Segundo Centenario** del nacimiento de la *Adoración Nocturna* ofrece una extraordinaria oportunidad para dar nuevo impulso a la adoración eucarística. A Dios sean dadas gracias por la renovada experiencia de la adoración eucarística en la Iglesia, y particularmente entre la juventud. Quiera la bienaventurada Virgen María, cuya dignidad como Madre de Dios conmemora esta antigua basílica de santa María La Mayor, abrazaros a vosotros y vuestras intenciones. Su materno amor amalgama a cuantos con espíritu de oración pasan tiempo bajo el techo de esta iglesia. Permitidme señalar que no hay mejor lugar para la adoración eucarística, que la primera iglesia de Occidente dedicada a la Madre de Dios.

El amor que la Virgen María derrama sobre los miembros de la Iglesia proviene del amor que ella tiene a su Divino Hijo. Vuestra devoción hacia el preciosísimo Cuerpo Eucarístico de Nuestro Señor Jesucristo os hace ganar un puesto preferente bajo el manto de la Señora. Como sabéis, en algunos países, como por ejemplo Eslovaquia, la Madre de Dios es venerada con la advocación de "*Madre de la Eucaristía*". María y la eucaristía van juntas. Son el "sentido de la fe" y la devoción católica quienes nos hacen capaces de reconocer tal unidad. Por ello recordamos el himno medieval, "*Ave verum corpus, natum de María Virgine...*", musicalizado repetidamente por autores como Mozart, Byrd, Elgar y otros, que reza así:

*"Salve, verdadero cuerpo, nacido de la Virgen María,  
el que habiendo realmente sufrido,  
fue sacrificado en la cruz por la humanidad,  
de cuyo costado abierto manó agua con la sangre:  
Sea para nosotros prenda del banquete del Cielo,  
en la prueba de la muerte.  
Oh buen Jesús, oh Jesús misericordioso,  
Oh Jesús, hijo de María, ten piedad de mi. Amén".*

Este antiguo himno una a María con la Eucaristía y la Eucaristía con nuestra salvación. Además por el Nuevo Testamento sabemos que dicha salvación nos llega a cada uno como don de la Fe.

El evangelio de la Santa Misa de hoy está tomado del capítulo XIX de san Lucas, el querido y glorioso médico; Lucas, el narrador de los primeros días de la historia de la Iglesia, que poniendo su atención sobre el papel de la Bienaventurada Virgen María en la vida de Cristo, nos lleva a pensar que él poseía un conocimiento directo y personal de la Madre de Dios y que de ella recibió ciertas informaciones. No nos llama la atención el que se crea que san Lucas fuese el autor de diversos venerados iconos de María. Sea cual sea la verdad sobre esta tradición artística, quedamos agradecidos a san Lucas por el retrato literario que de la Virgen nos presenta en su evangelio.

La parábola lucana nos recuerda que el Señor Jesús no tiene en cuenta la cantidad de talentos o dones que poseemos o dejamos de poseer. Por el contrario tiene presente lo que hacemos con dichos talentos o dones, de los que gozamos. Si consideráramos que los talentos representan el don de la Fe, entonces, por medio de la parábola, tomamos conciencia de que Dios desea que utilicemos este don de la Fe que se nos ha dado. Vuestra devoción a la Presencia Eucarística del Señor ofrece el mejor ejemplo de cómo este obrar desde la Fe produce mucho fruto para vosotros y para toda la Iglesia.

Vemos el aspecto paradójico de la parábola cuando consideramos que cuanto más vivimos de la Fe, más crecemos en el amor de Dios: "*ha quien tiene se le dará, a quien no tiene, se le quitará hasta lo que tiene*". La Fe no crecerá vigorosa si la escondemos. La Fe madura cuando se practica. No se encuentra un modo más concreto para expresar la Fe que la celebración de la Eucaristía, el *mysterium fidei*, y prolongando esta celebración en la adoración. No nos extrañe que santo Tomás de Aquino, en su himno para el *Corpus Domini*, nos diga:

*"Te adoro con devoción, oh escondida Divinidad,  
verdaderamente oculta tras estas apariencias:*

*En ti se abandona totalmente mi corazón,  
porque contemplándote a Ti,  
todo queda en segundo lugar”.*

Como los 24 ancianos del Libro del Apocalipsis, que “arrojan sus coronas ante el trono, diciendo: -Tu eres digno, Señor nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder...-”, así hacen quienes adoran la Eucaristía mientras viven aun en esta tierra. Los 24 ancianos nos ofrezcan su ejemplo para la adoración. Uno de ellos dice que adoran “arrojando sus coronas de oro a través de un mar transparente como el cristal”.

La Primera Lectura, tomada del Libro del Apocalipsis, presenta la gran visión del apóstol Juan; Juan el divino, Juan el discípulo amado, Juan al que Cristo confió a su madre. La visión de Juan evoca el trono de Dios. Vemos a quienes dan gloria a Dios. Proviene de todos los polos de la creación. Los 24 ancianos representan a los Apóstoles y a los Patriarcas de Israel, sus predecesores. En otras palabras, a todos nosotros, a la Iglesia. Los “seres vivientes” representan a los evangelistas. El mar transparente nos recuerda que la presente creación será transformada en cielos nuevos y tierra nueva. Con todo, esta visión se centra en Dios, que recibe de todos nosotros, de cuantos están a su alrededor, himnos de alabanza dignos de su Gloria. Al escuchar la descripción de esta visión en la primera lectura de hoy, vosotros, apóstoles de la Eucaristía, tenéis que pensar en lo que se da a “ver” en el anillo de oro, en la Custodia: el Señor Eucarístico. Ciertamente lo que “se da a ver”, ante quienes pasan tiempo ante el Santísimo Sacramento, se descubre sólo con los ojos de la Fe. El sentido de la vista no sirve de nada. La Eucaristía viene a nosotros como don de Fe. Santo Tomás de Aquino capta este misterio de modo sucinto en su famoso “Adoro te devote”:

*“La vista, el tacto, el gusto, aquí fallan,  
más basta el oído si cree con certeza:  
creo todo lo dicho por el Hijo de Dios,  
nada más veraz que esta palabra verdadera”.*

La Eucaristía sostiene la vida de Fe y la Fe nos urge a practicar la verdad en el amor. Cuando practicamos la verdad en el amor, descubrimos, de un modo que supera lo enseñado, la comunidad de discípulos que es la Iglesia.

La Eucaristía nunca es una realidad “privada”. En virtud del lazo entre el Sacramento del Altar y el Cuerpo Místico de Cristo, quienes adoran la Eucaristía por ella misma se ponen en comunión con el entero cuerpo místico. El Papa Benedicto XVI nos ha dicho en su última Exhortación Apostólica (“*Verbum Domini*”, de 30 de septiembre 2010): “*Hemos escuchado por gracia la proclamación de que la vida eterna se nos ha revelado, y así, hemos reconocido la fraternidad que nos liga con cuantos nos han precedido en el signo de la Fe, y con cuantos por el mundo entero escuchan la Palabra, celebran la Eucaristía y con su vida dan testimonio de la caridad*”. Estas palabras del Santo Padre resumen la verdad que inspira vuestra peregrinación.

La santa que la Iglesia celebra hoy, Santa Isabel de Hungría, nos recuerda que quienes aman a Dios no pueden nunca quedarse sólo en “*lo que ven*” (en la contemplación). Nunca pararse, mientras están en camino por esta tierra. Esta princesa real de Hungría adoptó un estilo de vida que se inspiraba en la pobreza de una consagración franciscana. Como una clarisa murió sin patrimonio, habiendo dado cuanto poseía a los pobres. Su profundo amor por los pobres refleja su devoción a la Eucaristía, demuestra su cotidiana participación en la Santa Misa y en los Oficios que se celebraban en las iglesias durante la primera mitad del siglo XIII. Que Santa Isabel de Hungría nos acompañe durante esta peregrinación de acción de gracias y de petición, para recordarnos que el don de la Eucaristía y de la Adoración Eucarística fructifica en las obras de caridad que nos unen. Nuestro santo Padre destaca esto en el lema fijado para el próximo congreso eucarístico a celebrar en Dublín del 10 al 17 de junio de 2012: “*La Eucaristía, comunión con Dios y con el prójimo*”.

Quiera, de modo particular, nuestra Bienaventurada Señora, la Madre de Dios, la Madre del Salvador, la Madre de la Iglesia y Madre de la Eucaristía, continuar sosteniendo vuestra consagración al sacramento del amor de su Hijo al mundo.